

EL PERU FRENTE AL SIGLO XXI

Capítulo 23

Gonzalo Portocarrero - Marcel Valcárcel (Editores)

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU
FONDO EDITORIAL 1995



El Perú frente al Siglo XXI

Primera edición, abril de 1995

Cubierta: Mochy Gonzales
Diagramación: Yoryina León M.

El Perú frente al Siglo XXI

Copyright © 1995 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú. Av. Universitaria, cuadra 18.
San Miguel. Apartado 1761. Lima 100, Perú. Tlfs. 462-6390;
462-2540, Anexo 220.

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Derechos Reservados
ISBN 84-8390-990-1

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Intervención del Dr. Salomón Lerner
Rector de la Pontificia Universidad Católica del Perú

LAS CIENCIAS SOCIALES Y LA
UNIVERSIDAD CATOLICA

La celebración de aniversarios, particularmente cuando éstos señalan hitos destacados en la vida de personas e instituciones es ocasión especialmente propicia para la reflexión sobre su pasado y su futuro.

Nos hemos reunido ahora para celebrar el trigésimo aniversario de la Facultad de Ciencias Sociales y nos encontramos con un mundo muy distinto al que la vio nacer. Los últimos años nos muestran cambios vertiginosos, casi no imaginados. Es menester pues intentar comprender qué es lo que ha sucedido con los hombres y las instituciones en esta impaciente aceleración del tiempo.

Conocemos bien como la modernidad propone a la Razón como supremo árbitro del ser y el saber bajo distintas modalidades, que en el fondo no pueden ocultar su designio imperial por el cual ella, la Razón busca ponderar, explicar y en el fondo manipular todo en función de relaciones causales en vistas al progreso, incluyendo en tal proyecto al mismo hombre y su quehacer. Con este afán cientifista y en su deseo de llevar a su máxima realización el propósito de controlar la naturaleza, intentarán los tiempos modernos, que aún vivimos, la creación de modelos estructurales con el fin de desentrañar todo misterio.

Es verdad que estas investigaciones, en su momento, desempeñaron un papel fundamental al desmontar algunos mitos y creencias que habían dejado de ser una respuesta históricamente adecuada a diferentes problemas. Sin embargo ellas dejaron también de lado la con-

dición humana como mezcla inextricable de situación y libertad, y olvidaron aquella característica enraizada en lo más hondo del hombre por la que él se afirma en su ser más propio y gana su ipseidad en el reconocimiento de la necesaria alteridad que nos salva de una existencia insular y vaciada de contenido.

Despertados ya del dogma de un saber que se quería absoluto, alejados de los ideales utópicos propugnados por la ciencia positiva, vemos con claridad que la pretensión profética de algunos humanistas y científicos sociales fue más una ilusión que un conocimiento certero y que el rigor metodológico jamás debió implicar un estrechamiento de la meditación sino, por el contrario, una amplitud del espíritu y un encuentro continuo y fiel con la realidad. El mundo ha cambiado y nuestro presente, a pesar de sus problemas, nos ofrece un campo abierto a la esperanza, en el que las Ciencias Humanas, de las cuales las Ciencias Sociales son parte sustancial, dejan de ser una retórica aislada sobre las sociedad y se convierten en caminos significativos para la comprensión del hombre y de su acción, de los pueblos y de su destino.

Sabemos bien que cada ciencia ha de recorrer en tal sentido su camino, y las ciencias sociales buscarán y reafirmarán el suyo. Al hacerlo no deberán sin embargo olvidar lo que es el fundamento de la auténtica vida académica; la existencia de una ética del quehacer científico, sustentada en principios permanentes que hagan justicia a la verdad y sean fieles a los objetos que se estudian. Se trata de una Ética de la sabiduría, para utilizar la expresión de Weber, por la que se superan como paradigmas morales los criterios de la oportunidad y la mera eficiencia.

En el caso de las Ciencias Sociales este imperativo moral adquiere especial relevancia, pues ellas ocupándose del fenómeno humano deben permanentemente trascenderse así mismas para que el diálogo fecundo con otras disciplinas humanísticas y también con la filosofía puedan entrever los horizontes a partir de los cuales hallan su legitimidad y sentido. Así pues, se diseñan las líneas maestras que ha de seguir la tarea del científico social: interdisciplinarietàad, espíritu reflexivo y crítico, meditación por la cual se conjuguen en un mismo elán el rigor de la ciencia y la profundidad de la filosofía, para estar atentos a la maravilla que significa para el hombre poseer en medio de su indigencia la insondable riqueza del espíritu y la extraordinaria y virtuosa necesidad de la coexistencia.

En fin, no me toca en realidad adentrarme en esta intervención en temas que de seguro, serán tratados prolijamente más adelante. Debo más bien ocuparme de la realidad viva de nuestra Facultad de Ciencias Sociales y al respecto debo decir que al revisar la trayectoria de la Facultad de Ciencias Sociales no podemos dejar de apreciar, en primer lugar, su trascendencia en la vida de nuestra Universidad pues ella ha sido muchas veces agente catalizador en nuestro quehacer y por esto la institución le debe estar agradecida.

Se ha de reconocer también, sin que ello constituya presunción, que se trata quizá de la Facultad de Ciencias Sociales más coherente y mejor estructurada de nuestro país. Su contribución al desarrollo del Perú se aprecia no sólo en el importante número de exalumnos que bajo diversos signos están ahora presentes en múltiples sectores, sino por su aporte —a través del Centro de Investigaciones Sociales, Económicas, Políticas y Antropológicas— a la investigación en estas áreas. Los estudios realizados por el CISEPA, todos lo sabemos, han alcanzado amplia difusión nacional e internacional.

También es preciso reconocer en la Facultad de Ciencias Sociales y ello debe servirnos de modelo y ejemplo, una gran capacidad de auto-crítica. Esta es indispensable en toda actividad pues sin ella no hay rectificación de los desaciertos que inevitablemente se encuentran en todo lo humano, y por lo tanto no hay la posibilidad de maduración ni progreso.

No es mérito menor de la Facultad el haber logrado establecer sólidos estudios de postgrado en sus tres especialidades, propiciando así no sólo el perfeccionamiento de sus propios exalumnos sino también el de un gran número de egresados de otras Universidades de nuestro país.

Creo que es justicia terminar esta somera reflexión sobre la Facultad de Ciencias Sociales agradeciendo a todos los que la hicieron posible, hombres, instituciones y gobiernos que con su trabajo y su importante aporte material y moral la ayudaron a nacer y crecer.

Así pues, al celebrar el trigésimo aniversario de nuestra Facultad de Ciencias Sociales podemos observar una fructífera actividad académica al servicio de la Universidad y del Perú y que se prepara ahora

-como lo indica el tema central de las reflexiones que hoy se inician a la crítica argumentada y serena sobre las perspectivas del Perú y con ellas las de las Ciencias Sociales ante el siglo XXI.

Estoy convencido de que el resultado del debate que hoy se inicia no finalizará con los actos celebratorios sino que se convertirá en permanente invitación para que profesores y alumnos de la Facultad entreguen a través de su diario quehacer en la Universidad, y luego fuera de ella, su inteligencia y amor para que en nuestro país, la verdad brille y se alcance la justicia y la paz.